

NECESIDAD DE FOMENTAR
LAS
VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. Y RVDMO. SEÑOR

DR. D. ANTONIO ALVARO Y BALLANO,
OBISPO DE ZAMORA
DIRIGE Á SUS DIOCESANOS
EN LA CUARESMA DE 1917.

SEGUNDA EDICIÓN

publicada por la
Junta Central del Fomento de Vocaciones Eclesiásticas.



MADRID
IMPRESA ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza, 1.
1917

De
con



DOS PALABRAS DE LA JUNTA EDITORA

La Junta de Damas del Fomento de Vocaciones Eclesiásticas de Madrid, después de fortalecer su espíritu con la lectura de la notabilísima Carta Pastoral del Rvmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Alvaro Ballano acerca del tema NECESIDAD DE FOMENTAR LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, publicada en la pasada Cuaresma, y después de admirar el acierto y la solidez con que en el referido documento se expone la magnitud del problema, la urgencia de su solución, las causas de la crisis y sus eficaces remedios, juzgó un deber suyo ineludible el felicitar con entusiasmo á tan celosísimo Prelado, y al mismo tiempo, comprendiendo el gran bien que reportaría tan santa causa difundiendo por toda España tan interesante Pastoral, puesto que, aunque dirigida por su autor á la diócesis de Zamora, como dice la revista *Ilustración del Clero* en su número de 16 de Abril del presente año, es «de mucho interés, no tan sólo para su diócesis, sino también para la mayoría de las diócesis españolas. En ella (el sabio y prudente Obispo)... aborda con franqueza el tema de las vocaciones eclesiásticas y lo resuelve con singular maestría», acordó en sesión de 27 de Abril, previa autorización del Rvmo. Sr. Obispo de Zamora, hacer una numerosa edición de la misma, como lo verificamos en la presente.

Quiera el Señor que la lectura de este autorizado documento haga volver á todos sus piadosas y caritativas miradas á los respectivos Seminarios de sus Diócesis y prestar su apoyo generoso y abundante á las nacientes Juntas de Fomento de Vocaciones Eclesiásticas, que se desvelan y afanan por proveer á nuestra querida Patria de muchos y santos Sacerdotes.

Pero cese nuestra voz humilde para que la autorizada del venerable Pastor, sucesor de los Apóstoles, ilumine tu frente, inflame tu corazón y mueva tu voluntad á cooperar con eficacia al Fomento de Vocaciones Eclesiásticas, para la prosperidad de la Iglesia y el engrandecimiento de España.

Madrid 7 de Mayo de 1917.

Por la Junta de Fomento de V. E.,

EL DIRECTOR.

NÓS EL DR. D. ANTONIO ALVARO Y BALLANO,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Zamora, etc., etc.

Al Venerable Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, al Clero, Comunidades Religiosas y fieles todos de esta Diócesis.

Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Hec scribo vobis: ut sciatis quoniam vitam habetis eternam. I. Joan. V. 13.

Os escribo estas cosas para que sepáis que tenéis vida eterna.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

I

Erróneo concepto que generalmente se tiene de la vida.

Existe un falso concepto de la vida humana y se ha extendido tanto, que á él ajusta su conducta gran parte de los hombres, y no pocos de los que se precian de sabios han procurado presentarlo ataviado con el vistoso ropaje de una ciencia falsa, que cegando en vez de iluminar los entendimientos, les ha hecho incurrir en necio y lastimoso error (1).

El funesto influjo de esta idea equivocada y absurda ha desterrado del mundo la tranquilidad y el sosiego, y ha convertido al hombre en mísero juguete de una agitación mortífera. Afanes ardientes, proyectos cuidadosamente estudiados, prodigalidad de esfuerzos, movimiento febril, incesante laborar, poniendo á contribución los recursos del ingenio, las energías de la voluntad, la fuerza de los músculos, las ventajas de la asociación, la fecundidad de la tierra, los elementos de la naturaleza, todo, en fin, cuanto está al alcance del hombre, y de ello puede en algún modo disponer: he ahí el espectáculo que el más superficial observador descubrirá al punto en

(1) Rom I, 21 et 22,

la sociedad de nuestros tiempos, á la vez que, como explicación de él, oirá repetir con frecuencia esta frase saturada de paganismo é impropia de labios cristianos: es la lucha por la vida.

Y ciertamente; si la vida ha de consistir en que á ningún deseo le falte satisfacción, ni goce á ningún sentido; si el que llaman problema de la vida se cifra en templar la sed, porque apagarla es imposible, con que al corazón atormenta el espejismo de los bienes mundanos, ejerciendo en nosotros la triple fascinación que designa el Evangelista (1) con estas palabras: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; si á semejanza de aquellos á quienes tan duramente increpaba el Profeta Rey (2), la vanidad es nuestro ídolo y buscar la mentira nuestra constante ocupación, entonces se explica ese loco frenesí, y la lucha es necesaria, fatal, inevitable; lucha que, cuando no tiene otro ideal que la vida así entendida, nada respeta y ante nadie retrocede, y en la que el hombre tiene un enemigo en cada uno de sus prójimos, contra los cuales arremete y se defiende al mismo tiempo con el arma innoBLE de un egoísmo desenfrenado.

Una lucha así, no eleva, sino que deprime; no dignifica, envilece, y triunfar en ella es perder la libertad, y con la libertad, la vida, que no de tan ruin condición nos la dió el Señor que haya de alimentarse con los despojos de la muerte causada á cuanto nos rodea.

La vida del hombre, y mucho más la vida del cristiano, no está en procurarse, sea con repugnante grosería, ó con exquisito elegante refinamiento, lo que puede halagar la parte menos noble de nuestro ser; el problema verdaderamente vital que hemos de resolver en este mundo, no consiste en librarse de la pobreza, ni en evitar los sufrimientos, ni en esca-

(1) I Joan. II, 16. — (2) Ps. IV, 3.

lar las alturas y disfrutar las comodidades de una posición social más ó menos ventajosa. Las dignidades, los honores, la ciencia, los placeres, las riquezas, aún considerado todo ello dentro de los límites que le señala la moral más severa, no es de tal naturaleza que á eso hayan de circunscribirse nuestras aspiraciones y consagrarse todos nuestros esfuerzos, y si alguna importancia tiene en nuestra vida, es ella tan secundaria, que habrá ocasiones en que tendremos que sacrificar alguna de estas cosas, ó todas juntas, si no queremos sucumbir, perdiendo la vida verdadera.

Frecuentísimo es, por desgracia, que, aun para personas creyentes, la vida no tenga más horizonte que los estrechos límites del cuerpo y de los sentidos. Se admite la existencia de un orden espiritual superior, pero no se piensa más que en el cuerpo y sus placeres; las creencias que nos descubren las maravillas y goces de un mundo sobrenatural, quedan como dormidas y aletargadas, estando siempre despierto y vivo el amor á los bienes materiales, que son los dueños del corazón.

Cuál sea para el cristiano la vida verdadera.

Muy pocas son las miradas que al cielo se dirigen; pero, en cambio, todos los ojos están fijos en la tierra; el negocio más importante, lo único que ofrece interés para un cristiano, se descuida, y absorbe toda la atención lo que no es otra cosa que pueriles bagatelas; se busca la vida en lo que perciben los sentidos, en lo que brilla, en lo que se muestra con apariencias deslumbradoras, sin tener en cuenta que la vida del discípulo de Jesucristo consiste en algo escondido, porque también ella está escondida y oculta con Cristo en Dios (1).

(1) Colos. III, 8.

La verdadera vida, V. H. y A. H., es la que procede de la muerte de Jesús; la Cruz, que fué instrumento de muerte para el Salvador del mundo, es para nosotros fuente de vida, y el sepulcro del Redentor es la cuna de las nuevas generaciones que han de llamar Padre al que es su Dios; al morir Jesucristo destruyó nuestra muerte y al resucitar restauró la vida que perdiéramos por el primer pecado (1). La muerte de Jesucristo, dice San Ambrosio (2), es vida; sus heridas, son vida; su sangre, es vida; su sepultura, es vida; su resurrección, es vida de todos; pues por todos, como afirma el Apóstol (3), murió Jesús, á fin de que los que viven, no vivan para sí, sino para Él que murió y resucitó por ellos.

Carácter de la Cuaresma.

Y como la Cuaresma no es otra cosa que el tiempo litúrgico en el cual ha querido la Iglesia conmemorar y solemnizar la gran obra de nuestra Redención, excitando á los fieles á disponerse para celebrar con espíritu de recogimiento y amor los altísimos é inefables Misterios de la Pasión y Muerte de Jesús, y á participar, sin más tasa ni medida que las impuestas por la limitada capacidad de nuestra imperfecta condición, de los beneficios y gracias que se derivan de la Cruz, y que al llegar á las almas hace circular por ellas la savia divina de la vida sobrenatural, al dirigirnos á vosotros en cumplimiento de nuestra pastoral obligación, es de oportunidad repetir estas palabras del Apóstol y Evangelista San Juan: «Hæc scribo vobis: ut sciatis quoniam vitam habetis æternam» (4). Os escribo estas cosas para que sepáis, para recordaros, que tenéis vida eterna.

(1) Eccl. in Præf. Miss.—(2) In Luc. cap. XXIII.—(3) II Cor. V, 15.—(4) I Joann, V, 18.

II

**Exposición del asunto sobre que versa esta Carta Pastoral
y su oportunidad.**

Ni es únicamente el tiempo en que nos encontramos; las circunstancias mismas que nos rodean y por las que atraviesa esta Diócesis que el Señor, en su misericordia infinita, quiso señalarnos como campo en que ha de ejercitarse la actividad de nuestro ministerio, dan á este asunto una triste realidad, y entre todos los que pudiéramos tratar y convertir en objeto de vuestra filial y piadosa consideración, ninguno existe de tan capital importancia, y de urgencia tan apremiante, como el que tan íntimamente se relaciona con la vida sobrenatural y eterna, que es en este mundo la vida de la fe y de la gracia.

A los peligros generales que la amenazan, y á los enemigos que están siempre acechándola y en todas partes procuran su ruina; al ambiente emponzoñado que se respira en el mundo, y que tan á propósito es para producir la anemia en los espíritus; á ese afán desmedido, hoy tan común, por la prosperidad material y el bien sensible, afán que debilita las fuerzas del cristiano, y le resta energías, y le arrebatata todo vigor y le hace mirar con indiferencia cuanto con el orden sobrenatural está relacionado, interesándose únicamente por lo que contribuye á la felicidad engañosa y fugaz de este destierro; á la funesta languidez que se ha apoderado de tantos creyentes, en los cuales cuesta trabajo descubrir vestigios de vida divina, y que se conforman con el nombre de vivos, cuando están muertos en realidad, según la enérgica frase del Apocalipsis (1), hemos de añadir, por desgracia nuestra, otro peligro más temible aún y de más tristes consecuen-

(1) III, 1.

cias; peligro que es uno y múltiple á la vez; de resultados decisivos é infalibles, porque ataca la vida, no ya en sus manifestaciones, sean ó no esenciales, sino en su mismo origen, eliminando el conducto por el cual Dios la comunica á las almas.

Nos referimos, V. H. y A. H., á la escasez lamentable de vocaciones eclesiásticas, que está ocasionando ya la escasez de Sacerdotes, en un grado tal, que, si de nosotros no se apiada el Señor, ha de producir honda perturbación, y graves trastornos, y daños quizá irreparables en la vida religiosa de nuestra Diócesis amadísimá.

Apenas de su gobierno nos hicimos cargo, hubimos de enterarnos, con profunda pena, del exiguo número de jóvenes que, obedientes al divino llamamiento, se preparaban en la silenciosa quietud del Seminario, consagrados á la oración y al estudio, para ser más adelante dispendores de los misterios de Dios (1) y embajadores del Rey Supremo (2).

Desde entonces ha constituido esto una de nuestra mayores preocupaciones, y al ver multiplicarse extraordinariamente los auxiliares del demonio en su obra de perdición, y redoblar su actividad y celo los apóstoles del mal, incansables siempre en la maldita labor de arrancar de los corazones la fe, la virtud, la piedad, la esperanza y la vida, dirigiamos la mirada á nuestro Seminario, y crecía nuestra aflicción y se contristaba nuestro espíritu, hallando motivos de tristeza y disgusto en lo mismo que debía proporcionarnos alegría y consuelo, aumentando nuestros temores, lo que habría de ser base de nuestra esperanza; porque á medida que es mayor el número de los ministros de Satanás, vemos disminuir los ministros de Dios; cuanto más se extienden las enfermedades, son más escasos los médicos, y si cada día se siente más la necesidad de

(1) I Cor. V. 1.--(2) II Cor. V. 20.

trabajar sin descanso en la viña del Señor, es harto sensible que falten los operarios á los cuales se ha encomendado su cultivo.

Dejaríamos de cumplir nuestro deber, V. H. y A. H., si no diéramos la voz de alerta ante el peligro que nos amenaza, y no otra cosa pretendemos hacer por medio de esta Carta Pastoral.

La escasez de Sacerdotes debe preocupar á todos.

El procurar suficiente número de Sacerdotes, no es, como algunos creen, asunto que merezca la atención del Obispo, únicamente; incumbe, sin excepción, á todos, y á nadie es ajeno; porque constituye el principal elemento de la vida de la Iglesia, condición necesaria para que no se frustren los fines de la Redención, y medio indispensable de adquirir las almas lo que es preciso para cumplir el destino que Dios les ha señalado en este mundo y alcanzar los bienes que en el otro les tiene prometidos.

Nuestro Divino Salvador vino al mundo para traernos la vida (1), y ha querido dárnosla por medio de los Sacerdotes. Inútil será y absurdo que la busquemos por otros caminos, ó por distintos procedimientos pretendamos conseguirla; pues así como un hijo sólo de sus padres puede recibir la vida temporal, el comunicar la vida eterna, dice el Crisóstomo (2), es ministerio á los Sacerdotes, reservado.

A desvanecer los prejuicios que en esta materia tienen algunos cristianos; pero más aún á disipar su ignorancia y desterrar la apatía y la indiferencia que reinan en el pueblo fiel, respecto de un asunto que es de vital importancia para la Iglesia, de transcendencia suma para la sociedad y que no puede menos de influir directa, positiva y eficazmente en los individuos, queremos se ordenen estas sencillas reflexio-

(1) Joan, X, 10.—(2) De Sacerd. cap. V.

nes, desahogo de nuestro corazón apenado, y á la vez, manifestación de la esperanza que abrigamos de que la voz del deber ha de hallar eco en vuestras almas.

III

Cuán vasto sea el campo reservado á la actividad de los Ministros de Dios.

En una de las ocasiones en que la justicia de Dios se dejaba sentir con peso formidable sobre el ingrato pueblo de Israel, por indicación de Moisés, hubo de salir Aarón del Tabernáculo, para precipitarse, con el incensario en la mano, entre los vivos y los muertos, entre las llamas abrasadoras que el Señor enviara para vengar los ultrajes á Él inferidos, y los infortunados israelitas que iban á ser devorados (1).

En trance semejante hemos de vernos muchísimas veces los Ministros de Jesucristo, por poco que sea el celo con que el Señor se digne favorecernos. Ante la triste consideración de que muchas almas no conocen á Dios y se pierden sin remedio; ante el espectáculo que ofrecen tantas ovejas descarriadas, sordas á los llamamientos del Buen Pastor, alimentándose con los venenosos pastos de los terrenales placeres, inermes contra las feroces embestidas del dragón infernal, y, lo que es más de lamentar aún, tranquilas, á pesar de los peligros, y aparentemente dichosas en su tremenda desgracia; ante el pensamiento de que hace falta robustecer la debilidad, y consolar el infortunio, y remediar el desamparo, y confortar el desaliento, y desterrar la tibieza, y procurar la espiritual nutrición de tantos cristianos que están próximos á sucumbir, si á ellos no se acude

(1) Núm. XVI. 46 et seq.

con los soberanos remedios que sólo la caridad proporciona, y cuyo secreto únicamente poseen aquellos que Dios ha puesto en la tierra para hacer que prenda en toda ella el encendido fuego de la caridad divina, el Ministro de Dios se ve con frecuencia precisado á renunciar hasta á las mismas dulzuras de la piedad, y sin poder disfrutar la tranquilidad no interrumpida de la vida interior, habrá de salir del templo, cual otro Aarón, y presentarse en medio del mundo, luchando allí con armas divinas (1), arrebatando víctimas á la muerte, disputando al enemigo su presa, aplacando la ira de Dios, instruyendo, santificando, salvando las almas redimidas con la sangre preciosísima del Cordero inmaculado.

De qué modo ha querido el Señor proveer á las necesidades espirituales de los fieles.

Pero el Obispo no puede estar en todas partes á la vez; aunque fuese extraordinaria su actividad y eminentes las dotes que hubiere recibido del Pastor Supremo, le sería imposible desempeñar por sí mismo respecto de cada uno de los fieles confiados á su vigilancia las funciones precisas y los ministerios indispensables para el provecho espiritual de las almas. No ya en Diócesis dilatadas, aún en las más pequeñas necesita de la asidua cooperación de celosos auxiliares que, bajo su dirección y autoridad, sean dóciles instrumentos de la acción santificadora con que el Espíritu Santo está continuamente influyendo en la Iglesia. Teniendo presente siempre la exhortación del Apóstol (2), habrá de mirar por toda la grey cuyo gobierno Dios le entregó; pero toda su buena voluntad no será bastante para atender personalmente á cuantas necesidades experimenten sus súbditos, con mayor razón cuando éstas son tantas

(1) Ephes. VI, 11.—(2) Act. XX, 28.

y de tan diversa índole, que San Carlos Borromeo no tuvo inconveniente en afirmar que una sola alma es Diócesis bastante para un Obispo.

Y como la Providencia divina lo dispone todo con suavidad (1) al instituir Jesucristo el Episcopado, dió á los Obispos poder espiritual, no sólo para gobernar la Iglesia, sino también para propagarla por la perpetuidad de la Sagrada Ordenación (2), figurando desde entonces á la cabeza de los deberes episcopales el de escoger, probar cuidadosamente y formar con delicado esmero los que un día han de ser admitidos al Sacerdocio. Uno de los Concilios Toledanos llama al Seminario *Episcopalis praesentia*; porque allí más que en ninguna otra parte de la Diócesis, ha de tener puestos sus ojos el Obispo y vigilar atentamente cuanto esté relacionado con la educación de los seminaristas y su formación en la virtud.

Cooperación que á los católicos exige la fe que profesan.

Es este uno de los derechos y á la vez una de las más graves responsabilidades que los Obispos tienen; pero uno y otra suponen en los fieles la obligación estricta de proporcionar los medios necesarios, de cooperar en la esfera propia. ¿Qué hará el Obispo en su Seminario, por mucho celo que se le suponga, si todos rehusan entrar en él, ó no pueden hacerlo los que lo desean? ¿Cómo podrá atender el clamor incesante de los pueblos que piden Sacerdote y de qué manera habrá de procurar remedio á las necesidades espirituales de los mismos, ó facilitar el progreso de la piedad y el esplendor del culto, cuando ni siquiera puede cubrir las bajas que naturalmente se producen en la parte más noble del cuerpo de Jesucristo como á los Sacerdotes llama San Grego-

(1) Sap. VIII, 1. — (2) Ferrante, Element. Jur. Canon.

rio (1)? Reflexionad vosotros mismos, V. H. y A. H., sobre el porvenir reservado á una Diócesis, cuando, como en la nuestra sucede, se reduce á *once* el número de alumnos que en el Seminario cursan la Sagrada Teología. Las creencias cristianas, la moralidad, la devoción, el culto, todo peligra y todo se halla amenazado.

¿Se concibe que haya quienes miren esto con indiferencia, sin que por ello crean faltar á la Religión que profesan y practican? La fe obliga al cristiano con todas sus consecuencias, y la fe exige que amemos á la Iglesia como la amó Jesucristo, el cual no sólo derramó por ella su sangre para purificarla de toda mancha y librarla de toda imperfección (2), sino que dejó confiada su custodia á los Sacerdotes (3), que son los encargados de velar por ella y conservar su hermosura; la fe nos impulsa á caminar por los senderos que conducen á nuestra patria, pero ella nos dice también que el mostrárnoslos y dirigirnos por ellos corresponde á los Sacerdotes; la fe nos hace ver en los Sacramentos los conductos por los cuales llega al alma la gracia santificante, mas junto á los Sacramentos nos muestra al Sacerdote, que es su ordinario dispensador; la fe hace obligatoria la lucha para conquistar el cielo, y para vencer en las batallas exige la obediencia á los Sacerdotes, que son como los oficiales de que el Señor ha provisto á su ejército; la fe dice al hombre que no puede vivir sin comunicación con su Dios, y ella también designa al Sacerdote como intermediario del que no se debe prescindir; la fe nos descubre la necesidad de que continuamente se ofrezca el Sacrificio de propiciación, que únicamente al Sacerdote está reservado; la fe, en todas sus manifestaciones, y aún en su misma esencia, pues supone la ense-

(1) Moral. cap. XVI. — (2) Ephes. V. 27. — (3) S. Bern. Serm. ad cler. in Conc. Rem.

ñanza y la predicación de la palabra divina (1), está abiertamente proclamando que necesitamos del Sacerdote, desde que venimos á este mundo, hasta que salimos de él, y por lo tanto, no hay cuestión que ofrezca tan gran interés para un creyente, como la que se relaciona con la existencia de Sacerdotes.

Si faltan los templos, se buscará, hasta en las entrañas de la tierra, si es preciso, como hicieron los primeros cristianos, un lugar en el que se ofrezca culto á Dios; si se carece de oro y plata, habrá un trozo de piedra y un sencillo vaso en el que pueda inmolese la Víctima Divina; si los tiranos descargan su furor en el rebaño de Jesucristo, la sangre derramada será milagrosa semilla que hará se multipliquen los creyentes (2), y de las raíces, que la persecución habrá de respetar, brotarán más ramas que las cortadas por el hacha del verdugo (3); si la apostasia ó el cisma arrancan pueblos enteros del regazo de la Iglesia, fecundidad le queda á esta Madre para dar á luz nuevos hijos; pero si los Sacerdotes llegan á faltar, el culto cesa y cesa el Sacrificio, aunque existan templos suntuosos y guardadas en ellos ricas alhajas, la savia divina deja de circular por el cuerpo místico del Salvador, hácese imposibles sus funciones vitales, y sin necesidad de luchas en que exponga su vida, ni de enemigos que se la arrebaten, la Iglesia sucumbirá, como agotada y exhausta.

Se dirá que esto no ha de suceder, que la Iglesia no morirá nunca, porque tiene la palabra de Dios como garantía de su perpetuidad; ciertamente, la Iglesia no desaparecerá jamás del mundo, pero puede ausentarse de un país determinado y ser éste el castigo que el Señor reserve á los que han menospreciado sus dones y sólo con la ingratitud han co-

(1) Rom. X. 17. — (2) Tertulian. Apolog. — (3) Teodoret. Serm. IX. De Legibus.

rrespondido á sus beneficios; á aquellos que niegan á Dios lo poco que les exige, como condición para favorecerles con nuevas é inestimables gracias.

IV

Inexplicable pasividad de los fieles respecto á los Seminarios.

En el gobierno del mundo, Dios deja que obren las causas segundas, y el milagro únicamente lo emplea como medio extraordinario; nosotros no tenemos derecho á exigirlo cuando, para conseguir un fin, ha puesto el Señor en nuestras manos medios naturales.

Siendo el Sacerdote el órgano de transmisión de la vida que tiene su manantial en el seno de la Divinidad, y que se derrama, á impulsos de la divina caridad, sobre la humanidad regenerada, los fieles no pueden ni deben desentenderse de lo que se relaciona con las vocaciones eclesiásticas.

Verdad es que un solo instante bastaba á Dios para convertir en Ministros suyos hasta á sus más acérrimos perseguidores, como aconteciera á Saulo, y para hacer que de las mismas piedras surgieran Sacerdotes (1); pero habiendo dispuesto que los que hayan de recibir el Orden Sacerdotal se preparen y formen poco á poco bajo la inmediata tutela, exquisita vigilancia y solícita dirección del Obispo, los fieles cristianos contraen gravísima responsabilidad si estorban el normal funcionamiento de los Seminarios, ó positivamente nada hacen por facilitar á estos organismos el que puedan llenar los fines para que han sido instituidos.

Los Sacerdotes salen del Seminario, y de ninguna otra parte más; si hoy no hay Seminaristas, ma-

(1) Math. III, 9.

ñana no habrá Sacerdotes. Por consiguiente, no preocuparse de remediar la crisis de vocaciones eclesiásticas; ver con indiferencia despoblado el Seminario, y querer al mismo tiempo que no falte un Sacerdote que, así como nos recibió al venir al mundo, nos acompañe en los trances más solemnes ó más difíciles de la vida, transmita á Dios nuestras súplicas, atraiga sobre nosotros las divinas bendiciones, y principalmente, porque esto todos lo desean, nos ayude á traspasar los umbrales de la eternidad, es poco menos que tentar á Dios.

En lo humano, nadie que aspira á un fin deja de poner los medios que á él conducen; sin embargo, cabe preguntar: ¿qué hacen los fieles, qué hacéis vosotros, para evitar que llegue el caso, no tan improbable ni remoto como pudiera suponerse, de suspirar inútilmente por un Sacerdote?

Los padres son con frecuencia los primeros en poner obstáculos á la vocación de sus hijos.

En otros tiempos, eran los padres los primeros que inclinaban á sus hijos hacia el Sacerdocio. Considerábase como preciado honor para una familia el que alguno de sus hijos estuviera consagrado á Dios por la Ordenación; los primeros indicios de vocación que en el niño aparecían, se celebraban como especial gracia del cielo y eran motivo de sincero regocijo. Si algún desorden había en este punto, era por exceso, llegando los padres, en la exageración de su deseo, á los límites censurables de la coacción, y empujando en ocasiones á los hijos, contra la voluntad de éstos, hasta las gradas del altar santo.

¡Ah!; entonces había que temer de los padres el peligro de las vocaciones forzadas; hoy... No es preciso, V. H. y A. H., que nos detengamos en describir lo que está á la vista de todos, ni hacen falta poderaciones, cuando tan triste es la realidad. Lo

más frecuente es que, al pensar los padres en el porvenir que á sus hijos les espera ó que para ellos desean, en abigarrado conjunto desfilen por su imaginación todas las carreras, profesiones y estados, menos el Sacerdotal; una sencilla indicación, referente á la posibilidad de que su hijo sea Sacerdote, hecha á algunos padres, les causaría asombro, cual si se tratase de una extravagancia, ó se hubiera formulado un absurdo; nada hay tan distante de sus planes, tan extraño á sus propósitos, principalmente si se trata de las clases distinguidas de la sociedad.

Sucede á veces, sin embargo, que contra todas las previsiones humanas, y á pesar de los inconvenientes de la educación recibida en el hogar doméstico, Dios deposita en el corazón del niño el germen de la vocación, y los padres, que deberían estimarse obligados á secundar los designios divinos, ó á respetarlos, cuando menos, se oponen á ellos. En vez de procurar el desarrollo de ese germen dichoso y bendito, se apresuran á extirparlo; hacen por grabar en el tierno espíritu infantil máximas mundanas, quizás pecaminosas; trabajan porque mezquinos ideales suplanten el ideal sublime de la vocación eclesiástica; adoptan multitud de medios, ridículos unos y otros reprobables, para desviar y torcer la inclinación, y consideran acaso como una desgracia, y quién sabe si como una deshonra, el que su hijo figure algún día entre los ungidos del Señor.

Grandeza sobrenatural del Sacerdocio.

Aberración es esta, V. H. y A. H, que no tiene otra explicación que la ignorancia, unida á la falta de fe. Se desconoce la grandeza sobrenatural del Sacerdocio, y no se sabe apreciar el elevado honor que Dios dispensa cuando llama al hombre para ponerlo lo más cerca posible de Sí, y proporcionarle des-

canso, como hiciera con San Juan, en el Corazon mismo del Redentor.

Si lo que para sus hijos ambicionan los padres son cargos honrosos, funciones elevadas, lugar distinguido, un cristiano, sin renunciar á su fe, no puede hallar dignidad comparable con la del Sacerdote. Varón divino (1), Dios de la tierra (2), cuya misión consiste en deificar á los hombres (3), como le apellidan los Santos Padres, ejerce un poder que se extiende desde el cielo hasta los abismos; ante él han de humillar su cabeza los monarcas más poderosos de la tierra, si quieren obtener el perdón de las ofensas cometidas contra la Divina Majestad (4). Verdadero ángel por su nombre (5) y por su ministerio (6), excede en potestad á los bienaventurados, los cuales no pueden borrar del alma la más pequeña mancha de culpa. A semejanza de la Virgen María, da á luz con su lengua al Redentor, en frase de Tertuliano (7), siempre que celebra el Augusto Sacrificio, y todavía aventaja á la celestial Señora, dice San Vicente Ferrer (8), pues si por Ella vino Dios al mundo una sola vez y para morir, por el Sacerdote viene todos los días y á muchos lugares con vida inmortal é im- pasible.

En sus labios podemos poner aquellas palabras del Divino Maestro (9): «se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra», y con esta omnipotencia, que el Crisóstomo compara (10) á la de las Personas divinas, detiene el brazo vengador del Eterno Padre, dispone del Hijo, que á él totalmente se confía, convierte las almas en templos del Espíritu Santo (11), puebla de moradores los alcázares celestiales, es só-

(1) S. Ambros. De Dignit. Sacerd. — (2) S. Clem. Const. Apost. — (3) S. Greg. Nazianz Orat. Apol. — (4) S. Ambros. Loc. cit. — (5) Apoc. II. — (6) Hebr. II, 1. — (7) Apolog. — (8) Serm. I in fest. Corpor. Christi. — (9) Math. XXVIII, 20. — (10) De Sacerd. — (11) I Cor. III, 16.

lida columna que sirve de sostén á la Iglesia, é influye eficazmente en la salvación del mundo, de la que si Dios es causa principal, son los Sacerdotes causa instrumental necesaria.

Los esplendores del nacimiento, de la fortuna, de las dignidades humanas, podrán ofuscar los ojos carnales; pero se eclipsan ante el brillo deslumbrador que la fe descubre en la dignidad Sacerdotal (1), y por elevado que supongamos á un hombre en el mundo, lejos de rebajarse, ha de subir si quiere llegar al Sacerdocio.

V

Criterio erróneo de algunos padres de familia.

Bien sea por debilidad de las creencias, ó por no saber sustraerse al influjo del ambiente que nos rodea, acontece que los padres, cuando juzgan de estas cosas, ordinariamente no aplican el criterio de la fe, sino el criterio mundano; y como ven que al Sacerdote se le menosprecia, se le insulta, se le aborrece y se le persigue; como no se les oculta que para muchos el mayor fervor que á un Sacerdote puede dispensarse es la tolerancia, ó á lo más alguna muestra de insultante compasión, temen y rehusan ver á sus hijos colocados en una situación que el mundo califica de desgraciada, sin darse cuenta de que, al conducirse de este modo, conculcan descaradamente los derechos de Dios; porque si ellos creen poder disponer de sus hijos ¿con qué razón negarán á Dios este derecho? Dirán que corresponde á sus atribuciones el preparar á los hijos un decoroso porvenir; mas, sobre esas atribuciones ¿no están, por ventura, las que tiene el Señor de todo lo creado, que, al dar vocación á un niño, es como si lo reclamara de sus

(1) S. Ambros. De Dignit. Sacerd.

padres para consagrarlo, porque así le place, al servicio del Santuario?

¡Que aman mucho á su hijo! ¡Amor mal entendido y por demás funesto, que al seguir caminos contrarios á los que Dios indica, se encuentra muchas veces con el dolor y la desgracia allí donde esperaba hallar la prosperidad y el bienestar! Más lo ama el Señor y mejor sabe lo que le conviene; ¿por qué, pues, oponerse á sus designios?

Si con ese criterio hubiera juzgado Abraham, seguramente no hubiera consentido en inmolar á su hijo, á quien con tanta ternura amaba y en quien tenía puestas las esperanzas más lisonjeras; pero obedeció al Señor, dióle el hijo que le pedía, y no sólo lo conservó, sino que mereció oír del Omnipotente estas palabras memorables: «Juro por mí mismo que Yo te bendeciré por cuanto por mi amor no has perdonado á tu unigénito» (1). ¡Ah, si supieran los padres las bendiciones de que se privan frustrando la vocación de algunos de sus hijos! Aunque las circunstancias de estos tiempos fuesen las mismas que las de los primeros siglos de la Iglesia, durante los cuales aspirar al Sacerdocio equivalía á comprometerse para el martirio, ¿qué honor más grande, ni qué mayor dicha para un cristiano, que derramar su propia sangre, pues sangre del padre es la del hijo, por la salvación del prójimo, como por nosotros derramó la suya Jesucristo Nuestro Redentor?

**El Sacerdote no es desgraciado porque el mundo
le aborrezca y le persiga.**

Mas no llegan hoy á tal extremo, generalmente hablando, los peligros del Sacerdote, ni existen motivos para llamarle desgraciado, según los juicios de

(1) Gen. XXII, 17.

Dios, aunque llegue á serlo, ateniéndose á los juicios del mundo.

Nosotros, dice S. Pablo (1), somos el buen olor de Cristo para con Dios, respecto de aquellos que son salvos, y respecto de aquellos que perecen. Y este olor de muerte de que el Apóstol nos habla es el que suscita enemigos y perseguidores del Sacerdote, como atrajo sobre Jesús el odio de los judíos. Es el mismo odio que del Hombre-Dios se extiende y se dirige durante mil novecientos años al hombre de Dios, al Sacerdote, que por sus desgracias y por sus virtudes, dignas de la simpatía y de la admiración del universo, condena cotidianamente á todos los autores y á todos los órganos de este odio, al más indigno de todos los oficios: el de la injusticia, de la mentira, de la calumnia, de la vil y cobarde deserción del derecho, contra su propia razón y su propia conciencia (2).

Pero esto es precisamente un honor y un consuelo para el Sacerdote católico; siendo «por su estado el enemigo activo y permanente del mal que hay en nosotros, ¿cómo no había de ser este mismo mal su enemigo? Como el *Justo* por excelencia tiene la pretensión de justificarnos, y éste es su crimen; esto es lo que le vale ser puesto como signo de contradicción (3), y lo que le hace llevar por todas partes y de continuo esta palabra, que Jesucristo dijo á todo el Sacerdocio católico en sus Apóstoles, al enviarles como ovejas entre lobos (4): «seréis blanco de odio á causa de mi nombre (5)» (6).

Al que así es odiado y perseguido, poco importa que el mundo le llame desgraciado; esto no basta para serlo. Dios, que conoce mejor que nosotros el valor de las cosas, y que á cada una da el que le co-

(1) II Cor. II, 15 et 16.—(2) Aug. Nic. La revolución y el orden cristiano, cap. II.—(3) Luc. II, 34.—(4) Luc. X, 13.—(5) Math. X, 16.—(6) Aug. Nic. Loc. cit.

rresponde, le llamó ya feliz cuando dijo (1): «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Nadie podrá arrebatarse un consuelo íntimo y eficaz, que ahuyentará sus penas y dulcificará sus mayores amarguras: el de recurrir al Señor, diciéndole con el Real Profeta (2): «Maldecirán ellos y Tú bendecirás; se avergonzarán los que se levantan contra mí, mas tu siervo se alegrará».

Es el testimonio que Jesucristo da de su amor, y que sus verdaderos discípulos saben recibir con alegría (3); es la gracia de sufrir, á la cual compara el Apóstol con la gracia de creer (4); es la garantía de que se está unido á Jesús; pues, como dice San Pedro (5), «si os vituperan en nombre de Cristo, seréis bienaventurados, porque lo que hay de honor, de gloria y de virtud de Dios, y lo que es de su Espíritu, reposa en vosotros».

La mayor, casi la única pena que al Sacerdote producen semejantes contradicciones, proviene de amor, de compasión, de lástima de las almas. Por sí mismo no las siente, porque sabe que las afrentas que sufre y las congojas del corazón le hacen más semejante á su Divino Maestro, y ello le da nuevos ánimos para trabajar en la viña del Señor. Por eso escribía el Apóstol (6) á los Corintios que se volvían contra él: «Con el mayor gusto daré lo mío y me daré á mí mismo por vuestras almas, aunque amandoos yo más, vosotros me améis menos».

VI

Otro motivo que influye en el retraimiento de los padres.

La aversión que á los mundanos inspira el Sa-

(1) Math. V, 10.—(2) Ps. CVIII, 28.—(3) Act. V, 41.—
(4) Philip. I, 29.—(5) Petr. IV, 14.—(6) II Cor. XII, 15.

cerdote tiene también otra manifestación muy general, que consiste en hacer el vacío alrededor de él. Separado del mundo, con aficiones, costumbres y gustos completamente distintos, cuando no son diametralmente opuestos, por necesidad ha de sentirse solo, aunque las muchedumbres le rodeen. Habrá de acostumbrarse á que en los asuntos de mayor interés se rehuse su intervención, á que se prescindá de él cuando se solicita el concurso de los demás, á ser considerado como un extraño en su propia patria. Reputado como verdadera escoria de todos, según la gráfica expresión del Apóstol (1), ni sus penas interesan á nadie, ni hay quien comparta sus aflicciones, ni se compadezca de sus desgracias.

Y este ambiente de soledad en que el Sacerdote vive, influye en el ánimo de los padres, que, ambicionando para sus hijos distinciones y preeminencias, halagos y consideraciones, temen verles condenados á la oscuridad y al desamparo.

Nadie más protegido y honrado que el Sacerdote.

Pero el Sacerdote no está solo ni abandonado, como muchos creen. Si, según la expresión del sabio (2), un amigo fiel es valiosa protección, él cuenta con la generosa amistad que le profesa el más fiel, el más poderoso, el mejor de los amigos, que es Jesús.

Las palabras que Jesucristo pronunciara después de consagrar á sus primeros Ministros (3), las repite á todos los Sacerdotes al recibir éstos la Sagrada Ordenación. Desde ahora, les dice, ya no os llamaré siervos, os llamaré amigos (4); y como verdadero amigo que es del Sacerdote, le entrega Jesús todo cuanto tiene: su poder, su honra, sus méritos, su

(1) Cor. VI, 13. — (2) Eccli. IV, 14. — (3) Joan. XV, 15. —

(4) Eccl. in Miss. Ord.

doctrina, su ley, los tesoros de su amor, los secretos de su justicia, las almas rescatadas con su sangre, y se entrega á Sí mismo en el Sacramento de la Eucaristía, abandonándose allí con total confianza y como absoluta é incondicional renuncia de su voluntad, á la vigilancia y custodia del Sacerdote.

No cabe amistad más leal, sincera, familiar, expansiva y sólida que la que existe entre Jesucristo y sus Ministros. Todo les es común: penas y alegrías, esperanzas y temores, honores y ultrajes, aspiraciones y proyectos, medios y recursos, fines y destinos, luces y pruebas, derechos é intereses.

Con la compañía de este Amigo Divino el Sacerdote se considera dichoso, adquiere animosa confianza con la seguridad de que su apoyo no ha de faltarle, regocíjase con su dulce trato, descansa tranquilo en su protección, y sostenido por la amistad de Dios, bástale invocarla para, á semejanza del Apóstol (1), sentirse fuerte, á pesar de su debilidad. Cuando más angustiado se ve, y se cree más olvidado de todos, y se lamenta del abandono general, Jesucristo le regala con sus consuelos, haciéndole oír en el fondo del corazón el eco de aquellas palabras con que animara á San Pablo (2): «mi amistad te basta».

¡Y todavía hay quien no la juzga suficiente! ¡Padres, de fe pobre y vacilante, que menosprecian el apoyo, protección y amistad con que Dios brinda á sus hijos, y prefieren apoyos mercenarios, protecciones interesadas, fingidas amistades, que no tienen más consistencia que la que les presta la volubilidad é inconstancia de la humana condición! ¡Como si no fuera mejor (3) y más sensato confiar en Dios y esperar en Él, que confiar y esperar en los hombres, aunque éstos ocupen los más elevados puestos de la sociedad!

(1) II Cor. XII, 10.—(2) Cor. XII, 9.—(3) Ps. CXVII, 8 et 9.

Los Ministros de Dios sabemos que estamos en las manos de nuestro Divino Amigo, y que toda nuestra vida está ordenada por Él. En las mismas contrariedades que sufrimos vemos una señal de su amor compasivo y generoso. «Si nos castiga, es porque nos ama. Él no nos aflige voluntariamente, sino sólo porque la aflicción es necesaria para mayor bien nuestro. Si no fuese necesaria, no nos la enviaría. Es un hecho, que toda la dosis, llamémosla así, de penas y sufrimientos que quiere para nosotros, es medida y proporcionada á nuestras necesidades. No vemos aún el fin por el cual nos aflige, ó la intención que tiene. Las palabras que el Señor dijo á Pedro (1), las dijo también por nosotros: «Lo que yo hago, ahora tú no lo entiendes, lo entenderás después.» (2).

Teniendo esta convicción, nadie más tranquilo, confiado, protegido y seguro que el Sacerdote, porque en el seno de su Amigo fidelísimo y omnipotente, descargará todo el peso de sus trabajos y desahogará su corazón, contándole sus dudas y peligros, sus pesadumbres y necesidades, sus cuidados y anhelos, y Él le comunicará fuerzas divinas, le infundirá esperanzas, disipará sus temores, le proporcionará consuelos, y lejos de sentirse postergado y de quejarse porque el mundo le regatee sus honores, y de sufrir la humillación del menosprecio, percibirá con asombrosa claridad la verdad que encierran estas palabras del Salmista (3): «muy honrados han sido, oh Dios, tus amigos.»

VII

La pobreza á que se ven reducidos los Ministros de la Iglesia, resta aspirantes al Sacerdocio.

A esta preocupación, que tiene algo de impía, en

(1) Joan. XIII, 7. —(2) Card. Manning. El Sacerdocio eterno, cap. XIII.—(3) Ps. CXXXVIII, 17.

virtud de la cual, las familias que pertenecen á las clases elevadas creen se desmerece ante el concepto público y se pierde estimación, cuando uno de sus miembros se une íntimamente á Jesucristo con los vínculos indisolubles y sagrados del Sacerdocio, corresponde en las llamadas clases medias de la sociedad, otro temor, otra ofuscación malsana, que resta al Santuario no pocos servidores.

Es innegable que al Sacerdote le está hoy reservada, generalmente hablando, una vida de privaciones; luchando siempre con la escasez, no sólo tendrá que renunciar á las comodidades más usuales y corrientes, sino que, á veces, ni aún podrá atender á lo indispensable. La comida, el vestido, la casa, todo será para él humilde y todo respirará pobreza, frecuentemente extremada; siendo por su ministerio el padre de los pobres, las circunstancias le harán figurar por más de un motivo en el número de ellos. Nós mismo hemos tenido ocasión de apreciar personalmente los apuros económicos que tiene que sufrir gran parte de nuestro amado Clero; apuros y agobios, que si muchas veces pasan desapercibidos para los fieles, otras no pueden ocultarse.

Porque á la vista de todos están y nadie ya los pone en duda, en estos tiempos en que las riquezas son el ídolo á que se rinde culto universal, en que la pobreza se considera como una de las mayores desgracias, y el dinero como llave mágica con la que puede abrirse la codiciada mansión de la dicha, el Sacerdocio ha llegado á hacerse repulsivo para muchas personas, y hasta hay padres obcecados que, interpretando de un modo absurdo sus obligaciones, se creen en el deber de procurar se malogre la vocación de sus hijos al estado Sacerdotal, para evitarles así en lo futuro las penalidades de la estrechez.

Causa verdadera pena, V. H. y A. H., oír á algunos padres, en cuyas almas luce la antorcha de la fe, hablar del porvenir de los hijos que el Señor les

concedió. En los planes que abrigan y en los propósitos que manifiestan, no entra para nada, antes bien se elimina, el elemento sobrenatural. Expresándose en lenguaje enteramente pagano, se muestran preocupados y excogitan todos los medios imaginables para que sus hijos lleguen á obtener una posición desahogada; para que puedan hacer frente á todas las contingencias, sin verse expuestos á los peligros de la escasez; para que al menos no les falte, dicen, lo necesario para vivir.

Nuevamente aparece aquí la perniciosa influencia que ejerce la idea equivocada que se tiene de la vida. Porque si de lo necesario para vivir se trata, un cristiano que merezca este nombre, debe considerar como más necesaria la fe, la virtud, la gracia de Dios, que el grosero alimento que llevamos á la boca, ó el vestido que cubre nuestro cuerpo; y sin embargo, por esto únicamente manifiestan los padres solicitud, y á esto limitan sus afanes, no cuidándose de que los hijos sean creyentes, honrados, virtuosos, verdaderos hijos de Dios. Preocupa el porvenir del cuerpo, y el porvenir del alma ¡se olvidan!

De lo cual procede que el estado eclesiástico se considere como una de tantas carreras ó profesiones á las que el niño puede dedicarse; que se juzgue de todas con el mismo criterio; que en ellas no se atienda más que á los recursos materiales que puedan proporcionar; y como, mirado á través de este prisma, el estado Sacerdotal aparece con notorias desventajas, resulta que, mientras el personal abunda en todas las profesiones, y ninguna necesidad individual ó social, en el orden de la naturaleza está desatendida, sólo escasean los aspirantes al Sacerdocio y únicamente pasan desapercibidas y olvidadas las necesidades espirituales.

El espíritu de la fe y el espíritu del mundo.

Es el egoísmo nefasto que el Apóstol describió ya cuando dijo (1) que todos buscan las cosas que son suyas y no las que son de Jesucristo; es el materialismo práctico infiltrado en las mismas entrañas de esta sociedad caduca; es el espíritu del mundo, condenado por el Salvador y que, á pesar de ello, se sobrepone al espíritu de la fe, aún en personas que hacen gala de su piedad; es la prudencia de la carne, la sabiduría del mundo, verdadera necedad y locura delante de Dios, como la llama San Pablo (2); es afán propio de gentiles, según la expresión del mismo Jesucristo (3).

Si los padres supieran hacer honor á la fe que profesan, no les inquietarían semejantes bagatelitas, que eso son, nada más; ni tendrían que esforzarse por hallar en tan importante asunto el secreto del acierto, claramente revelado por el Príncipe de los Apóstoles (4), y que consiste en dejar el cuidado de estas cosas á Dios Nuestro Señor, descansando confiados en su Providencia. ¡El porvenir de los hijos! ¡Qué mezquina idea tienen de él los que le hacen depender de un puñado de tierra más ó menos! ¡Qué bajo y vergonzoso ideal para quienes han sido llamados á disfrutar los eternos bienes celestiales! Lo que Jesucristo eligió será indudablemente lo mejor; Él quiso nacer y vivir pobre, y vosotros, sin embargo preferís las riquezas; ó se equivocó Jesucristo, exclama San Bernardo (5), ú os engañáis vosotros. ¿No véis que vuestra conducta equivale á una torpe venta, y que cuando Dios por un lado y el mundo por otro os piden vuestros hijos, no hacéis más que repetir la pregunta del miserable Judas (6) «¿Qué es lo que

(1) Philip. II, 21.—(2) II Cor. III, 19.—(3) Math. VI, 32.—
(4) Petr. V, 7.—(5) Serm. 3, in Nativ. Dom.—(6) Math. XXVI, 15.

vais á darme?», y estáis dispuestos á entregarlos á aquel que más os ofreciere?

Patrimonio riquísimo de los Sacerdotes.

Pero ni aun considerando el asunto desde este punto de vista obran tales padres con cordura.

Al distribuir Dios sus bienes, si la parte material de ellos, la terrena, la deja para los seglares (1), en cambio Él mismo se constituye en herencia de los Sacerdotes (2). La fórmula sagrada que expresa esta verdad, y que el ordenando pronuncia al ingresar en el estado eclesiástico (3), no está vacía de sentido, sino que, desde entonces, Dios es la porción de sus Ministros, y en Él están comprendidos todos sus bienes, sus riquezas, sus tesoros. En la misma proporción en que quedan pobres, se hacen ricos, y al despojarse de todo por Jesucristo, se verifica en ellos con toda exactitud la sentencia del Apóstol (4): no tienen nada, y lo poseen todo; porque realmente posee todas las cosas aquel que tiene á quien todo lo posee (5). ¿Qué puede faltar al Sacerdote, siendo suyo el mismo Dios? ¿Si Él no le basta, qué le bastará? (6).

Confiado en la Providencia que á nadie abandona (7), y que de sus Ministros tiene un cuidado especial, disminuyen notablemente para él las penalidades que consigo lleva la pobreza. Sabe que Dios es su padre, y que antes de exponerle sus necesidades, ya las conoce (8), y abandonándose en sus brazos, espera allí tranquilo el remedio, seguro de que no ha de faltarle, siempre que sea conveniente. En su corazón está grabada esta máxima del Apóstol (9): «como nada trajimos á este mundo, y nada

(1) Ps CXIII, 25 —(2) Num. XVIII, 20.—(3) Pontif.—(4) II. Cor. VII, 10.—(5) Petr. Bles. Serm. 42.—(6) S. Prosper. De vit. contempl.—(7) Sap. VI, 8.—(8) Math. XVI, 8.—(9) I Timoth. VI, 7 8.

tampoco podemos sacar de él, teniendo con qué sustentarnos y con qué cubrirnos, estamos satisfechos.» Necesita menos que los demás, porque se conforma con poco, y esto Jesucristo tiene cuidado de proporcionárselo; pues no ha de consentir que mueran de hambre sus Ministros, ni dejará de mirar benignamente á aquellos que alimenta todos los días con su Cuerpo y Sangre (1).

Indudablemente habrá de renunciar á ciertos pequeños goces y satisfacciones que aún siendo legítimos, sólo con las riquezas pueden lograrse; pero disfrutará, en ventajosa compensación, de otras satisfacciones más puras, de otros goces más elevados; de alegrías santas que el mundo no conoce, de la paz imperturbable y dichosa que Dios le tiene prometida en estas palabras del Profeta: «Te dará reposo el Señor siempre y llenará tu alma de resplandores, y serás como huerto de regadío, y como fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán» (2). Y en medio de las privaciones que van anejas á la pobreza, será ejemplo viviente que predicará, con la elocuencia de los hechos, esta otra máxima del Salvador hoy tan olvidada: No queráis atesorar bienes terrenos, sino atesorad para el cielo riquezas que nadie ni nada podrá arrebatáros (3).

VIII

Las vocaciones eclesiásticas en las clases populares.

En la conservación de su Iglesia emplea Nuestro Redentor Jesús los mismos procedimientos que adoptó en su fundación. Entonces, al elegir sus Ministros, no excluyó á los ricos, ni á los grandes, ni á los poderosos; pero demostró sus preferencias por los pequeños y despreciables en el concepto del

(1) Postcomm. Miss.—(2) Isai, LVIII, 1.—(3) Math. VII, 19.

mundo. Los Apóstoles, primeros cooperadores de Jesucristo, pertenecieron á las clases más humildes de la sociedad, y cuando, habiendo subido el Señor al cielo y repartiéndose ellos la tierra á fin de conquistarla para Dios, fué aumentando extraordinariamente el número de los creyentes, todavía pudo San Pablo hacer esta afirmación: «entre nosotros no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (1).

También ahora Jesucristo, al buscar auxiliares y continuadores de la obra que dejó comenzada en la tierra, hace objeto de sus preferencias á las clases populares, y el don inestimable de la vocación, que no es privilegio exclusivo de ninguna clase determinada de personas, se complace el Señor en concederlo con abundancia más generosa á los pobres y á los humildes; porque siempre ha entrado en los planes de la Providencia, como afirma el Apóstol (2), elegir los pequeños, los débiles, lo vil y despreciable del mundo, para confundir á los grandes, á los fuertes y á los magnates. Así los hombres no pueden gloriarse delante de Dios, cuyo poder es el que únicamente resplandece en sus obras.

Y forzoso es reconocer que precisamente los pobres y los humildes son los que, en este punto, más dóciles se muestran á la voluntad de Dios. Ellos no oponen resistencia alguna; ni les retrae el poco aprecio en que son tenidos los Sacerdotes, ni les intimida una vida que se les representa como llena de privaciones, ni rehusan los sacrificios que el Señor les pide. Las mismas circunstancias en que viven, no dan lugar á esas preocupaciones é inconvenientes que, como hemos visto, tanto influyen en las demás clases sociales; al contrario, el Sacerdocio es para ellos un honor y una dicha.

Como en otro tiempo los pescadores de Galilea,

(1) I. Cor. I, 26. — (2) I. Cor. I, 27, 28, et 29.

oyen en su interior la voz de Jesucristo que les dice: «Venid en pos de mí» (1), y se hallan dispuestos á seguirle con prontitud, sin titubeos. Se hallan dispuestos, sí; pero nada más; sus buenos propósitos no se realizan, no pueden realizarse. ¿Por qué? Porque les faltan los necesarios recursos materiales para secundar su vocación.

El estado actual del Seminario no es debido á la falta de vocaciones.

Por la misericordia de Dios, V. H. y A. H., aún hay vocaciones entre nosotros; no es, ni mucho menos, por falta de ellas por lo que está despoblado el Seminario. Cuando vinimos á esta Diócesis, gran extrañeza y pena no menor nos produjo el hecho de que en el curso académico poco antes comenzado, no se hubiesen presentado jóvenes que desearan empezar los estudios eclesiásticos en dicho Centro docente; pero aún fué mayor nuestro disgusto al enterarnos de que, á diferencia de lo que sucede en todas las Diócesis de España, al menos, en las que conocemos, no había fundadas becas ó medias becas, ni existían tampoco recursos económicos para facilitar á los pobres, como el Concilio de Trento desea, el ingreso y la permanencia en el Seminario.

Esta última circunstancia, y el concepto que teníamos formado de vuestra religiosidad, hizo que ni un momento dudásemos respecto de la causa á que debía atribuirse tan lamentable falta de aspirantes al Sacerdocio. La pobreza fué para Nós la única explicación, y el tiempo vino á confirmar la exactitud de nuestras apreciaciones.

Al anunciar, en el curso inmediato siguiente, seis medias becas para otros tantos nuevos alumnos, todas se proveyeron; pero sólo los agraciados con

(1) Math. IV, 19.

ellas, ni uno más, vino á aumentar el número de los Seminaristas. Lo mismo hicimos en el curso que todavía no ha terminado, y también el resultado fué idéntico. Ciertamente que no se necesitan más pruebas; pero aunque se necesitasen, tampoco podrían hacerse, pues la situación económica en que el Seminario se encuentra, y las circunstancias de los actuales tiempos, no permiten prescindir de la pensión establecida, insuficiente de suyo para sufragar los gastos que la alimentación de los alumnos ocasiona.

Obligación de suministrar los necesarios recursos.

El mal que lamentamos y que á todos afecta, no es, por consiguiente, de tal condición que no tenga remedio conocido, y para conseguirlo es para lo que solicitamos vuestro auxilio y cooperación. Al dirigirnos á vosotros, hacemos nuestras estas palabras de San Agustín (1): *Quia ad eorum necessitatem explendam idonei non sumus, ad vos legati ipsorum sumus.* Porque Nós no contamos con medios para hacer que se realicen los deseos de muchos pobres que tienen vocación al estado eclesiástico, somos como enviado por ellos, y en su nombre os pedimos que les déis lo que necesitan para que en ellos y en vosotros se cumplan los designios divinos.

Cuando la vida de la patria pelagra, todos acuden á defenderla, y todos pagan su tributo; unos, el de la sangre; otros, el del dinero; los que pueden, uno y el otro al mismo tiempo. La Iglesia es también una sociedad que se compone de hombres, que vive en la tierra, y necesita, por lo tanto, medios humanos y naturales. Por carecer de ellos, está en peligro su vida entre nosotros; obligación tenemos, pues, de defenderla, de acudir en su ayuda, de proporcionar-

(1) Serm. 58 in verb. Dom.

le lo necesario para cumplir su misión, de no negarle lo que le debemos como miembros de la misma; porque siendo correlativos los derechos y las obligaciones, cuantos á ella pertenecen tienen el deber de suministrarle los recursos indispensables.

IX

Fomento de las vocaciones eclesiásticas.—Importancia y excelencia de esta obra.

Quisiéramos, V. H. y A. H., que no olvidáseis jamás esta consideración, que para muchos ha pasado hasta ahora inadvertida. De cuantas obras buenas podáis hacer, ninguna hay que iguale á la de fomentar las vocaciones eclesiásticas; ninguna con más títulos para excitar vuestro celo y constituir el objeto de vuestra generosidad. Si descuidáis esta obra, que es la primera de todas, aunque os intereséis por todas las demás, trastornáis el orden que Dios quiere se observe en todo, sin excluir las manifestaciones de la caridad. La preferencia por unas ú otras no ha de proceder de vuestras inclinaciones ó caprichos, sino que ha de corresponder á la naturaleza de las cosas, demostrando interés primordial por aquello que es ante todo y sobre todo.

Cuando un templo se derrumba ó se destruye ofrecéis vuestro concurso; ¿no es más triste y de efectos más perniciosos, que en un pueblo muera el Párroco y no haya Sacerdote que en el mismo cargo prosiga su labor? La pobreza de muchas iglesias ofende vuestra piedad, y procuráis remediarla; mas ¿para qué sirven el oro ó plata de los cálices y copones, y la seda de los sagrados ornamentos, si no hay un Sacerdote que pueda utilizarlos? Invertís á veces respetables sumas en edificar una capilla, en construir un altar ó en adquirir una imagen; ¿no véis que el templo más suntuoso, más rico, mejor adornado,

es sin el Sacerdote, como un ser sin vida, como un cuerpo sin alma, como un estéril desierto? Para determinadas funciones religiosas no escatimáis los dispendios, á fin de que revistan la mayor solemnidad y esplendor; ¿no se os ocurre pensar que dentro de uno, de dos, de diez años, tengáis quizá que suprimirlas por no haber Sacerdote que de ellas pueda encargarse? Mostráis interés digno de aplauso porque después de morir no falten sufragios á vuestra alma, y os agrada fundar una Capellania, una Memoria de Misas, ó tomar otras santas previsiones para más allá de la tumba, ¿por qué no volvéis la vista al Seminario, que es donde está una de las garantías de la perpetuidad de esas fundaciones, y donde es preciso que hoy se encuentren los que mañana han de cumplir vuestra voluntad? Si fundáseis una beca, por ejemplo, Dios y la Iglesia os deberían varios Sacerdotes que, en el transcurso de los años, repetirían vuestro nombre ante el altar, y cuando todos os hubiesen olvidado, se acordarían de vosotros en el Augusto Sacrificio, y tendríais la seguridad de que en el otro mundo podríais contar con el auxilio poderoso de los sufragios que por vosotros ofrecieran.

Las miserias físicas y morales del prójimo excitan vuestra compasión, y dais limosna para que el niño reciba el alimento que su madre, débil y enfermiza, no puede suministrarle, y para que su inteligencia no se vea privada de cultivo y en su corazón se graben las máximas de la Religión; tenéis un pedazo de pan para saciar el hambre del indigente; caritativos, cubrís su desnudez y atendéis á que en su ancianidad no se halle desamparado; ayudáis á que se levanten del lodo las almas encenagadas en el vicio y las conducís á refugios seguros, apartados del oleaje de las humanas pasiones; penetráis en la triste lóbreguez de los calabozos para llevar el consuelo de la caridad á los que están allí expiando sus crímenes; favorecéis con vuestra generosidad la

Buena Prensa, persuadidos del influjo que ejerce en las ideas y en las costumbres; no negáis vuestro óbolo para contribuir á que la luz de la fe disipe en países lejanos las sombras de la infidelidad; por doquiera, en fin, vais dejando huellas más ó menos profundas, de vuestro desprendimiento, de vuestra liberalidad, mejor aún, de vuestra caridad cristiana.

¿Quid dicam vobis? ¿Laudo vos? (1): ¿Os alabaremos por ello, V. H. y A. H.? Ciertamente que esas larguezas, ese interés por el bien de vuestros hermanos, ese celo por la salud de las almas, esas demostraciones de piedad, ese dejarse llevar por el espíritu de Jesucristo, expansivo siempre y generoso, sólo alabanzas merecen, y Nós os las tributamos muy cumplidas, de lo íntimo del corazón; pero si, con todo ello, dejáseis desatendida la grave necesidad de que venimos hablando... *in hoc non laudo*, entonces tendríamos que suprimir nuestros elogios; porque todas las obras mencionadas son algo accesorio en comparación de lo verdaderamente esencial, que es el fomento de las vocaciones eclesiásticas. Esta obra comprende las demás y todas dependen de ella: pues ó nada valen y nada significan, ó son manifestaciones de la vida divina, cuyo órgano esencial es el Sacerdote.

Suministrar Sacerdotes á la Iglesia de Dios es hacer más por el prójimo que si directamente se emplean los propios recursos y energías en obras de misericordia. ¿Qué es el alimento corporal ó intelectual si se carece del pan de la palabra divina, sustento sobrenatural del alma, que sólo el Sacerdote puede repartir? ¿Qué valen todos los esfuerzos por preservar de la culpa ó curar sus llagas, sin el remedio eficaz que únicamente el Sacerdote suministra? ¿Qué consuelo y qué esperanza podrá tener el desgraciado, cuando en el humano horizonte todo es

(1) I Cor. XI, 22.

cerrazón, si de parte de Dios y en nombre suyo no se los proporciona el Sacerdote? ¿Qué podrá hacer el papel impreso por disipar las tinieblas del error y atajar la corrupción, si falta la acción de los Sacerdotes, que son la luz del mundo y la sal de la tierra, como Jesucristo los llama (1)? ¿Quién impedirá que el egoísmo cierre las válvulas de la caridad, si la mano del Sacerdote con su fuerza, que es divina, no las mantiene abiertas?

Medios de obtener recursos económicos para fomentar las vocaciones eclesiásticas.

Terminaremos estas reflexiones, V. H. y A. H., con una invitación semejante á la que hizo Moisés á los Israelitas. *Si quis est Domini, jungatur mihi* (2): Los que sean del Señor, aquellos para quienes la fe católica no sea una palabra vana, júntense á Nós y aporten su concurso para llevar á feliz término esta empresa que en nombre de Dios, para mayor gloria suya, y por la salvación eterna de vuestras almas, acometemos.

El Seminario no puede continuar como hasta ahora, y no continuará, seguramente; porque, con la gracia de Dios, vosotros no habéis de consentirlo. Fundar una beca, pocos podrán hacerlo; sufragar los gastos que ocasione la carrera de un Seminarista, estará reservado á los que dispongan de algunas riquezas; pero contribuir con una limosna, proporcionada á vuestros recursos, es obligación que os incumbe á todos. No permita el Señor que, descuidándola, se verifique en vosotros lo que dice el Sabio (3), y os veáis privados de Sacerdotes, cuando más deseáis tenerlo.

Para que en el cumplimiento de la misma nadie encuentre dificultades, disponemos que, el próximo

(1) Math. V, 13-14. — (2) Exod. XXXII, 26. — (3) Sap. X, 17.

día 19, festividad del Glorioso Patriarca San José, Patrono y Protector de la Iglesia Católica, ú otro día festivo de la presente Cuaresma, si pareciere más oportuno, en todas las Iglesias sujetas á nuestra jurisdicción se haga una colecta, cuyo resultado se comunicará, lo más pronto posible, á nuestra Secretaría de Cámara, donde queda también abierta una suscripción que Nós encabezaremos, y de la cual se irán publicando las listas en el *Boletín Eclesiástico*. Recomendamos además á los señores Curas que, en los templos parroquiales y en algún otro de los más frecuentados por los fieles, coloquen, en sitio visible y con la inscripción correspondiente, un pequeño cepillo, en el cual puedan depositarse las limosnas á este objeto destinadas.

Necesidad de la oración.

Mas como sin la ayuda de Dios, único autor de las vocaciones, de nada servirán nuestros esfuerzos, os exhortamos á implorarla por medio de la oración. Con las de todos vosotros contamos, V. H. y A. H.; con las de nuestros muy amados Sacerdotes, grandemente interesados en que, después de su muerte, queden en la tierra quienes continúen su misión salvadora; con las muy valiosas de las Esposas del Señor, acostumbradas á no acordarse del mundo más que para pedir á Dios el remedio de las necesidades que experimentan los que en él viven; con las de nuestros carísimos diocesanos, de cuyo bien espiritual se trata. A todos repetimos las palabras de Nuestro Divino Salvador (1): *Rogate Dominum messis ut mittat operarios in messent suam*: Rogad al Señor de la mies que envíe trabajadores á su campo. Y á fin de dar á estos ruegos carácter público y continuo, mandamos que, en todas las Misas en que las Sa-

(1) Luc. X, 2.

gradas Rúbricas lo permitan, se diga la oración *pro quacumque necessitate*, y suprimiendo las hasta ahora imperadas, se añada al final, siempre que pueda hacerse, la «Colecta» *Et famulos tuos*.

Quiera Dios Nuestro Señor inspiraros santos propósitos y resoluciones generosas, haciéndolas fructíferas con las bendiciones de su gracia, en prenda de las cuales os concedemos muy de corazón la nuestra en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Zamora el día 1.º de Marzo de 1917.

† ANTONIO, *Obispo de Zamora*.

Por mandado de S. S. Ilma el Obispo mi Señor,

ANGEL ALVARO Y BALLANO.

Can., Srio.

(Hay un sello.)

(J. 62 6 198)

F. 1-1